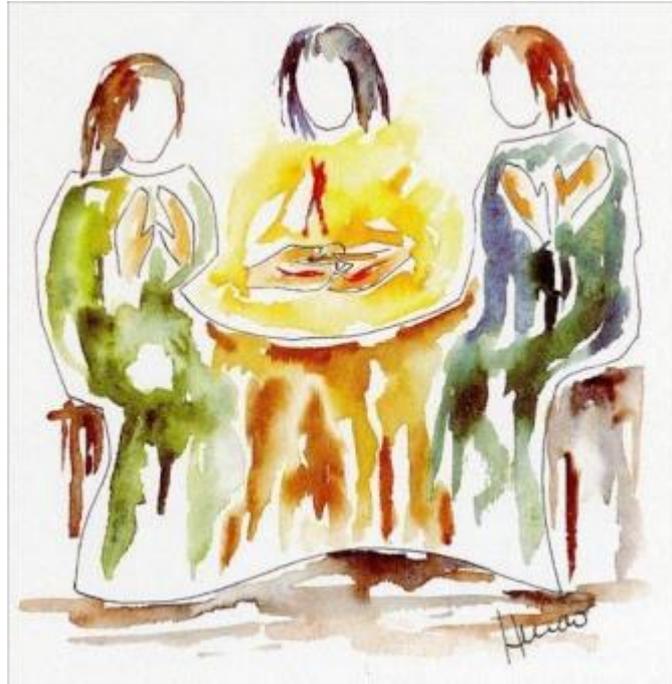


### 3. La espiritualidad vicenciana, una espiritualidad sinodal



#### 1. VER – Una mirada contemplativa

Estamos viviendo un tiempo particularmente intenso y fecundo en la Iglesia desde que el Papa Francisco nos convocó a recorrer el camino de la *Sinodalidad*. Un tiempo de revisión de vida, de discernimiento orante y de revitalización profunda, que nos sitúa en el marco del Concilio Vaticano II. Y eso con miras a estimular y sedimentar la *comunión*, la *participación* y la *misión* entre todos los que formamos el pueblo de Dios, llamado a vivir y a dar testimonio de la fe recibida en el Bautismo para colaborar en la construcción de un mundo que refleje los valores del Reino. Como recuerda el Papa, *“estamos llamados a la unidad, a la comunión, a la fraternidad que nace de sentirnos abrazados por el amor divino (...). Caminamos juntos en el único pueblo de Dios, para hacer experiencia de una Iglesia que recibe y vive el don de la unidad, y que se abre a la voz del Espíritu”* (Momento de reflexión para el inicio del proceso sinodal. 9 de octubre de 2021).

El método propuesto por el Pontífice no podría ser otro sino el de la escucha atenta y respetuosa de todos los miembros de la Iglesia y de la atención a los anhelos e inquietudes de nuestros contemporáneos para avanzar juntos en la dirección indicada por el Espíritu del Señor, el verdadero protagonista de este proceso: *“Reitero que el Sínodo no es un parlamento, que el Sínodo no es un sondeo de opiniones; el Sínodo es un momento eclesial, y el protagonista del Sínodo es el Espíritu Santo. Si no está el Espíritu, no habrá Sínodo”* (*ibid.*).

Siempre en búsqueda de *la unidad en la pluralidad*, todos nos sentimos implicados en este camino sinodal, dispuestos a colaborar para que la Iglesia manifieste su identidad de ícono de la comunión trinitaria, sacramento del Reino de Dios y servidora solícita de la humanidad en este mundo marcado por tantos desafíos y contradicciones, avances y retrocesos. Nadie, pues, puede quedarse al margen de esta tarea común. *“Si no se cultiva una praxis eclesial que exprese la sinodalidad de manera concreta a cada paso del camino y del*

*obrar, promoviendo la implicación real de todos y cada uno, la comunión y la misión corren el peligro de quedarse como términos un poco abstractos” (ibid.).*

Como miembros de la Congregación de la Misión, ¿cómo nos ubicamos en este itinerario sinodal? ¿Cuál es la contribución que podemos ofrecer a la Iglesia desde la peculiaridad de nuestro carisma misionero? ¿Y cómo el espíritu de la sinodalidad incide en nuestra vida personal, comunitaria, provincial y congregacional? Dejemos que la Palabra de Dios y la experiencia de San Vicente nos ayuden a caminar con paso firme en esa dirección.

## **2. JUZGAR – un discernimiento lúcido**

### **a) A la luz de la Palabra (leer: Rm 12,1-13)**

Ejercitándonos en el arte del discernimiento y disponiéndonos a una conversión sincera y a una renovación profunda, estamos invitados a una escucha recíproca y a una colaboración efectiva para impulsar la misión de la Iglesia frente a las legítimas esperanzas del mundo contemporáneo, animados por la caridad que nos identifica como miembros del cuerpo de Cristo. Como nos orienta el Papa Francisco, *“en el cuerpo eclesial, el único punto de partida, y no puede ser otro, es el Bautismo, nuestro manantial de vida, del que deriva una idéntica dignidad de hijos de Dios, aun en la diferencia de ministerios y carismas. Por eso, todos estamos llamados a participar en la vida y misión de la Iglesia. Si falta una participación real de todo el pueblo de Dios, los discursos sobre la comunión corren el riesgo de permanecer como intenciones piadosas” (ibid.)*. La eficacia de nuestro compromiso eclesial y de nuestra acción pastoral está, pues, íntimamente relacionada al redescubrimiento del Bautismo como sacramento primordial que funda nuestra común dignidad y legitima la diversidad de vocaciones, carismas y ministerios que dinamizan la vida del pueblo de Dios (cf. 1Cor 12,12-30). Sólo así podremos colaborar en la construcción de una *Iglesia misionera, sinodal y profética*, descentrada de sí misma, toda ella ministerial, que se nutre de la comunión y la participación de sus miembros y se reconoce como servidora peregrina de la humanidad, compasivamente volcada hacia los pobres. Una Iglesia que *“contempla e imita la vida de la Santísima Trinidad, misterio de comunión ad intra y fuente de misión ad extra” (Papa Francisco. Ibid.)*.

### **b) A la luz del carisma vicenciano**

Todo carisma tiene una orientación marcadamente eclesial. Nace de la percepción de las necesidades de la Iglesia ubicada en el mundo. A San Vicente de Paúl el Espíritu le confirió una especial capacidad para leer los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz de la fe, de tal manera que pudiera intuir y visibilizar el plan de Dios dentro de las circunstancias concretas en las que le tocó vivir y actuar. La Congregación de la Misión trata de responder a las situaciones y demandas de nuestro tiempo con la lucidez y el vigor que le brinda el carisma que le fue comunicado por el Espíritu a través de su fundador, actualizando la misión de Jesucristo y visibilizando la solicitud de la Iglesia hacia los pobres, en estado de conversión permanente. *“Supuesto su fin, la Congregación de la Misión, atendiendo siempre al Evangelio, a los signos de los tiempos y a las peticiones más urgentes de la Iglesia, procurará abrir nuevos caminos y aplicar medios adaptados a las circunstancias de tiempo y lugar, se esforzará además por enjuiciar y ordenar las obras y ministerios, permaneciendo así en estado de renovación continua” (CC 2)*.

Las mismas Constituciones afirman que, *“como la Iglesia y en la Iglesia, la Congregación descubre en la Trinidad el principio supremo de su acción y su vida”* (n. 20). Eso implica identificarse con la misión de la Iglesia y actuar en comunión con ella. No era, pues, sin razón que San Vicente insistía en que sus Misioneros se imbuyesen de un profundo sentido eclesial, visibilizado en el amor a la Iglesia, en una efectiva participación en su misión y en la atención a sus legítimos pastores. El amor de Vicente de Paúl a la Iglesia se tradujo de muchas maneras, sobre todo en su empeño en favor de la reforma de las estructuras eclesíásticas, en su vigorosa oposición a toda forma de corrupción y abuso, en su potente llamada a la solicitud pastoral hacia los más abandonados, en su dedicación inteligente a la formación integral del clero, en su esfuerzo de implicación de los laicos (especialmente las mujeres) en el servicio de la caridad, etc. Todo ese titánico compromiso eclesial queda reflejado en sus clarividentes constataciones respecto a las urgencias de la Iglesia de su tiempo: *“Lo que necesita la Iglesia es tener hombres evangélicos, que se esfuercen en purgarla, en iluminarla y en unirla a su divino esposo”* (SV III, 181). Y eso porque

*“la Iglesia es como una gran mies que requiere obreros, pero obreros que trabajen. No hay nada tan conforme con el Evangelio como reunir, por un lado, luz y fuerzas para el alma en la oración, en la lectura y en el retiro y, por otro lado, ir luego a hacer partícipes a los hombres de este alimento espiritual. Esto es hacer lo que hizo nuestro Señor y, después de él, sus apóstoles (...). Esto es lo que hemos de hacer nosotros y la forma con que hemos de demostrar a Dios con obras que lo amamos”* (SV XI-4, 734).

Así, además, San Vicente podía alegrarse viendo la obra que realiza el Espíritu en la Iglesia contando con la colaboración de quienes se ponen en sus manos como instrumentos dóciles de su acción en favor de los menos favorecidos: *“¡Qué dicha para nosotros, los Misioneros, poder demostrar que el Espíritu Santo guía a su Iglesia, trabajando como trabajamos por la instrucción y la santificación de los pobres!”* (SV XI-4, 730).

### **3. ACTUAR – Un compromiso renovado**

En su *reflexión para el inicio del proceso sinodal*, el Papa Francisco habló de tres *riesgos* que pueden amenazar la oportunidad que el Sínodo nos ofrece para *una conversión pastoral en clave misionera*. Veamos como estos riesgos inciden en la vida de nuestra Congregación desde nuestras realidades concretas. En efecto, no se trata de considerar los riesgos mirando únicamente hacia fuera. Consideremos cómo actúan estos riesgos en nosotros mismos, en nuestras Comunidades y Provincias. Un sentido crítico desprovisto de autocrítica no puede ser auténtico ni fructífero.

#### **a) El formalismo**

*“Un Sínodo se puede reducir a un evento extraordinario, pero de fachada (...). En cambio, el Sínodo es un itinerario de discernimiento espiritual efectivo, que no emprendemos para dar una imagen bonita de nosotros mismos, sino para colaborar mejor con la obra de Dios en la historia”.*

→ En todo lo que se refiere a nuestra vida y misión, ¿nos contentamos con proyectar una buena apariencia o mantener la buena fama (personal, comunitaria, institucional, etc.)? ¿En nuestros ministerios, nos basta cumplir la agenda o atender puntualmente a lo prescrito?

¿Cómo anda la vitalidad espiritual y misionera que debe inspirar nuestras conductas personales, nuestra convivencia fraterna, nuestra conversión pastoral y nuestro dinamismo apostólico?

*“A veces hay cierto elitismo en el orden presbiteral que lo hace separarse de los laicos; y el sacerdote al final se vuelve el ‘dueño del cotarro’ y no el pastor de toda una Iglesia que sigue hacia adelante. Esto requiere que transformemos ciertas visiones verticalistas, distorsionadas y parciales de la Iglesia, del ministerio presbiteral, del papel de los laicos, de las responsabilidades eclesiales, de los roles de gobierno, entre otras”.*

→ ¿Desarrollamos una adecuada comprensión del misterio y de la misión de la Iglesia, a la luz del Vaticano II? ¿Nuestra visión eclesiológica descansa sobre la noción conciliar de pueblo de Dios, dentro del cual todos tenemos la misma dignidad en la legítima diversidad de vocaciones, carismas y ministerios? ¿Entendemos el ministerio ordenado como aquello que es en realidad: sacramento de la caridad servicial del Buen Pastor? ¿Reconocemos e incentivamos el protagonismo de los laicos en la Iglesia y en la sociedad? ¿Compartimos las decisiones y responsabilidades que nos incumben a todos o nos limitamos a compartir el peso de las tareas?

## **b) El intelectualismo o la abstracción**

*“La realidad va por un lado y nosotros con nuestras reflexiones vamos por otro, convertir el Sínodo en una especie de grupo de estudio, con intervenciones cultas pero abstractas sobre los problemas de la Iglesia y los males del mundo; una suerte de ‘hablar por hablar’, donde se actúa de manera superficial y mundana, terminando por caer otra vez en las habituales y estériles clasificaciones ideológicas y partidistas, y alejándose de la realidad del pueblo santo de Dios y de la vida concreta de las comunidades dispersas por el mundo”.*

→ ¿Cómo nos situamos frente a las realidades que nos circundan, especialmente aquellas que tocan de cerca a los más pobres y al momento presente de la Iglesia, de la Congregación y de la Provincia? ¿Cedemos a la tentación del pesimismo fatalista? ¿Nos refugiamos en optimismos de mera conveniencia, que nos mantienen en nuestras zonas de confort? ¿O alimentamos un realismo iluminado por la fe y cargado de esperanza, que sabe reconocer los fallos, no contemporiza incoherencias, señala nuevos horizontes y abre nuevos caminos? ¿Sabemos evitar unilateralismos y acoger la riqueza de lo diferente?

## **c) El inmovilismo**

*“Es mejor no cambiar, puesto que ‘siempre se ha hecho así’ (EG 33). Esta palabra es un veneno en la vida de la Iglesia. Quienes se mueven en este horizonte, aun sin darse cuenta, caen en el error de no tomar en serio el tiempo en que vivimos. El riesgo es que al final se adopten soluciones viejas para problemas nuevos; un pedazo de tela nueva, que como resultado provoca una rotura más grande (cf. Mt 9,16). Por eso, es importante que el camino sinodal lo sea realmente, que sea un proceso continuo; que involucre — en fases diversas y partiendo desde abajo — a las Iglesias locales, en un trabajo apasionado y encarnado, que imprima un estilo de comunión y participación marcado por la misión”.*

→ ¿Somos partidarios del “siempre se ha hecho así”? ¿Asumimos el discernimiento personal y comunitario como criterio de nuestras decisiones y opciones o preferimos vivir en la superficialidad de lo más cómodo, dejándonos arrastrar por tendencias y conveniencias? ¿Nos limitamos a los discursos y discusiones o nos empeñamos en posturas coherentes y acciones creativas?

\*\*\*\*\*

El Papa habla también de tres oportunidades que caracterizan este *tiempo de gracia*, convocándonos a ser: **una Iglesia estructuralmente sinodal**, *“donde todos se sientan en casa y puedan participar”*; **una Iglesia de la escucha**, que se dispone a *“escuchar el Espíritu en la adoración y la oración”*, así como a *“escuchar a los hermanos y hermanas acerca de las esperanzas y las crisis de la fe en las diversas partes del mundo, las urgencias de renovación de la vida pastoral y las señales que provienen de las realidades locales”*; **una Iglesia de la cercanía**, con actitudes de compasión y ternura, es decir, *“una Iglesia que no se separa de la vida, sino que se hace cargo de las fragilidades y las pobreza de nuestro tiempo, curando las heridas y sanando los corazones quebrantados con el bálsamo de Dios”*.

→ ¿No vemos ahí un proyecto de vida y misión para nosotros, en este cuarto centenario de la fundación de nuestra Congregación?

### **Recemos con el Papa Francisco...**

*Ven, Espíritu Santo. Tú que suscitas lenguas nuevas y pones en los labios palabras de vida, líbranos de convertirnos en una Iglesia de museo, hermosa pero muda, con mucho pasado y poco futuro. Ven en medio nuestro, para que en la experiencia sinodal no nos dejemos abrumar por el desencanto, no diluyamos la profecía, no terminemos por reducirlo todo a discusiones estériles. Ven, Espíritu Santo de amor, dispón nuestros corazones a la escucha. Ven, Espíritu de santidad, renueva al santo Pueblo fiel de Dios. Ven, Espíritu creador, renueva la faz de la tierra. Amén.*